

los méritos de esta obra, que con sus casi mil páginas, densas y profundas, se convertirá seguramente en una referencia insoslayable para la teología moral católica de los próximos años.

GUSTAVO IRRAZÁBAL

---

P. Trevijano, *Sexualidad. Una orientación cristiana*, Buenos Aires, San Benito, 2008, 680 pp.

---

En esta obra, Pedro Trevijano demuestra coraje para encarar un tema sobre el cual hoy no resulta fácil expresarse en el ámbito eclesial. El autor incursiona en una gran variedad de cuestiones vinculadas a la sexualidad con una actitud distendida, equilibrada, positiva, intentando en todo momento trascender tanto el legalismo y las posturas rigoristas, como las visiones ingenuas y permisivas. El lenguaje es claro, fluido, accesible, sin tecnicismos y, por momentos, sorprendentemente llano y explícito. Su reflexión es siempre cercana a la experiencia, y rica en orientaciones pastorales y pedagógicas, ya que, como afirma el autor explícitamente, este trabajo está dirigido, en primer lugar, a los sacerdotes y educadores.

En cuanto al modo de ordenar la materia, ha optado por estructurarla en capítulos independientes para facilitar la consulta de cuestiones puntuales. El lector encontrará una gran variedad de temas, desde los más usuales y frecuentados, hasta otros más novedosos en este tipo de obras como la liberación de la mujer (c.6), la sexualidad en las personas con deficiencias (c.17), impotencia y adopción (c.34), la frigidez (c.35), la ancianidad y la viudez (c.42). También se aborda la problemática bioética (c.36); se presta debida atención a la dimensión social –ej. c.31, las familias pobres–; a la dimensión cultural –en el mismo c.31, la familia africana, musulmana, latinoamericana–; a los aspectos evolutivos –infancia, niños mayores, adolescencia–; y a los pedagógicos –la tarea de educar, c.9; los adolescentes y sus educadores, c.12–. Varios capítulos están dedicados al matrimonio, tanto en sus aspectos históricos, sacramentales, institucionales y canónicos, como en los más existenciales, incluyendo el problema de los matrimonios en dificultades, el divorcio y la doctrina de la indisolubilidad.

El autor se mantiene siempre cercano al magisterio y respetuoso de sus enseñanzas, sin perjuicio de lo cual se permite algunas afirmaciones audaces, como por ejemplo,

la aplicación del principio del mal menor en el tema del uso de profilácticos para prevenir el HIV (328); la aplicación de los principios de mal menor y gradualidad en el caso de personas homosexuales (220-226); la posibilidad del matrimonio “incompleto” –no sacramental– entre bautizados (425); las adopciones por parejas homosexuales en ciertos casos (552); o la afirmación de la respuesta de la Iglesia frente al problema de los divorciados y vueltos a casar es “insatisfactoria” (653).

Los límites más importantes de este libro derivan quizás de la opción del autor por tratar los temas de modo independiente. El material es presentado en un cierto desorden, con abundancia de repeticiones, y temas fuera de lugar –como dos ejemplos entre muchos, el tratamiento de la opción fundamental en un apartado sobre los malos pensamientos en págs. 162-3; o el problema de la parvedad de materia en los pecados sexuales, que está ubicado en el capítulo sobre el ambiente sexual en 279–. El conjunto tiene el carácter de una recopilación de escritos o de clases más que de una verdadera sistematización.

Como consecuencia de ello, puede observarse una cierta fragmentación del discurso. El concepto de sexualidad es desarrollado de

un modo breve y vago; no se trata sistemáticamente la dimensión psicológica –aunque hay muchas alusiones a la psicología esparcidas en el texto–; falta una fenomenología del placer –lo cual se traduce en un uso cuestionable del concepto de “placer venéreo”, en págs. 55-56–; falta una conexión explícita de la reflexión con una visión antropológica y con categorías morales fundamentales. Ello hace que las respuestas a las diferentes cuestiones carezcan de suficiente coherencia interna. Algunas veces, el autor parece apelar a una ética de la virtud, otras, en cambio, a una visión algo extrinsecista del “orden natural” –por ej., en su exposición sobre los métodos naturales, en 527-529–. En algunos ámbitos no diferencia la problemática moral de la civil –ej. en el caso del aborto, donde incluso no distingue entre autorización legal y despenalización, en 597–, mientras que en otros casos subraya claramente la autonomía de ambas esferas –por ej., en la aceptación del divorcio civil, en 640–.

El autor busca siempre, con buen tino, salvar las indicaciones del magisterio. En la interpretación de *Humanae Vitae*, acierta al señalar como criterio las declaraciones de las distintas conferencias episcopales (409). Pero a veces no parece percibir que sus propias posiciones no siguen completa-

mente la enseñanza oficial –por ej., admite que los actos homosexuales son intrínsecamente malos, 234, pero sostiene que los mismos pueden ser un mal menor, 220-226, e insiste en que se debe ayudar a estas personas a encontrar “su propio camino”, 231–. En otras ocasiones, la contradicción queda oculta bajo un discurso enredado –como en el caso de los divorciados y vueltos a casar, 653, o las no explicitadas “desemejanzas” del matrimonio africano que serían aceptables, 498–. Esta misma tendencia al concordismo que queda en evidencia en el problema de la indisolubilidad matrimonial en el evangelio: interpreta las palabras de Jesús en el sentido de la indisolubilidad absoluta (cf. 31-32), pero no vacila en afirmar a continuación que lo específicamente cristiano no está en los contenidos sino en la motivación (cf. 36.43.46), y que el privilegio paulino comporta la disolución del vínculo anterior (cf. 38).

Pese al tono generalmente positivo, el texto arrastra también algunas rigideces del pasado, como en el tratamiento del concepto de género –donde pone el acento en la crítica a la “ideología del género”, 65, y el “feminismo de género”, 77–, las generalizaciones injustas sobre las motivaciones de las personas homosexuales (cf. 220),

de aquellos que caen en infidelidad al celibato (348), o de quienes recurren a uniones irregulares (c.21).

En conclusión, la obra de Trevijano puede ser leída con provecho por sacerdotes, agentes pastorales, educadores, padres, y en general, personas que deseen interiorizarse sobre la verdadera enseñanza católica, tan tergiversada en los medios y en el debate público. Allí encontrarán exposiciones accesibles, sugestivas, acompañadas de mucha información técnica relevante, e indicaciones prácticas de gran utilidad. Para el estudio universitario, sin embargo, los límites antes señalados hacen aconsejable que este texto sea completado con otros de mayor rigor sistemático.

GUSTAVO IRRAZÁBAL